

Combinación a Putaendo



La plaza de Putaendo

—¡San Felipe! ¡Combinación a Putaendo!

Instantes más tarde, el chirrido de los frenos y luego, el movimiento atropellado de la gente en el andén, por entre maletas, canastos y paquetes.

A un costado de la estación de San Felipe, el pequeño tren de trocha angosta espera a los viajeros que continuarán hasta Putaendo. Varios coches de tercera clase y uno de primera al final del convoy. Mientras los pasajeros se acomodan, el tren mayor, vía Los Andes, prosigue su viaje en dirección a las altas montañas nevadas que se divisan en la lejanía.

La calma se ha hecho en la estación. La tarde está hermosa; pronto partirá el pequeño tren.

Deberá internarse en una bellísima región, de clima privilegiado, situada casi al pie mismo de la cordillera de los Andes. Algunos pasajeros pasean por el andén; las colegialas que vuelven a sus hogares platican animadamente en las pisaderas del carro de primera.

El clásico golpe de manos, seguido del sordo pitazo de la locomotora, y el convoy comienza a moverse. Lentamente, con muchos sacudones, va dejando atrás la estación e inicia una curva hacia la derecha, bordeando la ciudad, que muestra sus casas bajas, alguna quinta y la torre lejana de una iglesia. San Felipe se despidió de los viajeros en el paradero Prat, lugar preferido de aquellas personas que desean llegar cuanto antes al centro de la ciudad o viceversa.

De nuevo en movimiento. El tren sale ya a campo abierto. Verdes potreros, frondosas arboledas, ranchitos ruinosos desfilan ante la vista de los pasajeros. Una ligera brisa entra por las ventanillas abiertas. A la izquierda, han aparecido los cerros de Catemu, pertenecientes a una de las cadenas transversales que unen la cordillera de los Andes con la de la costa. Son montañas rocosas, áridas, que se destacan por su altura en medio de

Por IVAN YANEZ P.

la planicie. A ratos, incrustadas en sus faldeos, se divisan pequeñas poblaciones mineras, aisladas, muy distantes de los centros urbanos.

La montaña siempre atrae a la imaginación por su solitaria grandeza. Al contemplar sus picachos nevados, sus profundas quebradas o sus enormes rocas, que se remontan a antiquísimos periodos geológicos, el espíritu se empapa en la belleza de la naturaleza salvaje.

Por varios instantes, el tren corre al lado del río Putaendo o estero del Chalaco, como también se le denomina. El sol poniente presta al paisaje un colorido especial. Las aguas se deslizan mansas, tranquilas, en sentido contrario al del convoy. Más allá, se extiende la estepa con sus arbustos y espinos, y al fondo, el alto de Catemu.

Una carreta está detenida en la ribera opuesta, los buyes beben y el carretero, con su larga picana al hombro, contempla el paso del tren. Un poco más al fondo, dos jinetes atraviesan la estepa en rauda galope, perdiéndose en la lejanía.

El tren que sale de San Felipe en dirección a Putaendo

